



Artículos

En defensa de la democracia: de las protestas anti-Netanyahu durante la pandemia, a la nueva coalición en Israel en 2021.

Ignacio Rullansky¹

Introducción

El escritor Dino Buzzati (1996) narró cómo un día, mirando las estrellas una noche en su jardín, tropezó con un bulto. Luego se enteró que ese día, un amigo suyo había muerto. Con los años, el jardín comenzó a poblarse de bultos que crecían. A cada uno, correspondía un nombre y a cada tropezón, un pedazo de su vida que había sido arrancado. Buzzati esperaba que, algún día, alguien pensara en su nombre al tropezar con un bulto.

La relación entre la vida, la muerte, la memoria y el reconocimiento del otro, nos lleva al terreno de lo moralmente vinculante. Sobre esto meditó la filósofa Judith Butler (2012), quien señaló que lo que nos liga a las personas no procede de la autonomía individual, sino de afuera. En otras palabras, de la voz de otro que nos interpela. Precisamente, Butler se inspira en las palabras de otro: en la noción del rostro del otro que propuso Emmanuel Levinas al reflexionar sobre el “no matarás”.

La lectura de Butler (2012) sobre Levinas invita a un recorrido sobre la precariedad de la vida. Una ansiedad ética se desprende del mandamiento anterior. ¿Por qué? Pues porque podemos tomar la vida de otra persona, pero semejante interpelación discursiva (“no matarás”) nos coloca en una tensión: nuestra voluntad está obliterada. No podemos tomar esa otra vida. Ni para defender la nuestra ni la de otros. Ante este dilema, ¿qué representa dicho rostro humano? En pocas palabras, entre el rostro humano y la representación de nuestra humanidad se produce una interferencia. Algo así como una máscara que sugiere humanidad pero que sólo puede representarla, justamente, al fallar en hacerlo: es decir, al representar otra cosa. ¿Qué cosa? No la humanidad, sino una imagen distorsionada, como un héroe patriótico. En fin, alguien con quien podemos identificarnos.

¹ Coordinador del Departamento de Medio Oriente (IRI – UNLP). Becario Postdoctoral del CONICET, IDAES, UNSAM. Doctor en Ciencias Sociales, UBA. Magíster en Asuntos Internacionales, The New School y en Ciencia Política, IDAES, UNSAM. Licenciado y Profesor en Sociología (UBA).

Esta distorsión representa el rostro humano, pero sólo indirectamente. Algo se pierde en el camino. Dentro del repertorio de lo representable está el sufrimiento humano. Éste es difícil de personificar. Se escabulle entre los esquemas normativos que establecen qué es lo humano: qué vida será digna y qué muerte recordada, como un bulto en el jardín.

Los episodios de violencia tanto en el plano militar como entre civiles que tuvieron lugar entre mayo y junio de 2021 en Israel-Palestina nos comprometen a indagar en nuestras herramientas para interrogar los límites de nuestra humanidad, tan volátiles como los de los Estados-Nación, que juzgamos eternos, como el agua y el aire, pero que nos preexisten por poco. Apenas unos puñados de décadas. No tan lejos, el “despertar” de Chile inició un proceso destituyente de ciertas narrativas sobre la construcción de la nación, abriendo a su vez el umbral a un proceso constituyente que replantea sus límites en torno al posible reconocimiento de la plurinacionalidad de su población.

Israel y Palestina viven una doble crisis de representación. La derecha israelí se disuade del progresismo y el progresismo se disuade de trabajar entre sí. Por su parte, los palestinos se disuaden de trabajar por la unidad. En Israel, doce años de Benjamín Netanyahu como primer ministro forjaron una agenda cada vez más conservadora con coaliciones gobernantes gradualmente excluyentes de alternativas de centro. La izquierda y los partidos árabes, tampoco supieron oponer ningún proyecto superador. Fue así que los asentamientos siguieron expandiéndose en Cisjordania y Jerusalén Este, el bloqueo en Gaza continuó y las negociaciones con Mahmud Abbas (del partido Fatah), presidente de la Autoridad Nacional Palestina, pasaron de estancarse a cajonearse. Puertas adentro, se sancionó, con jerarquía semi-constitucional, la Ley del Estado Nación Judío en 2018, que instituyó la degradación simbólica del estatus ciudadano de beduinos, drusos, circasianos y árabes israelíes. Quienes apoyaron la sanción se consternaron públicamente cuando vieron la inmediata renuncia de oficiales drusos que servían en el ejército israelí como protesta.

Los últimos años fueron complicados para Netanyahu, quien postergó la inminencia de distintos procesos judiciales por corrupción, fraude y co-hecho apoyándose en la investidura ministerial. Este año, sin embargo, comenzaron las primeras audiencias. En fin, Netanyahu logró ser convincente en algo: mostrarse como alguien imprescindible; como el único capaz en proveer seguridad al Estado de Israel.

A fines de 2018, su ex ministro de defensa, Avigdor Lieberman, abandonó la coalición y le quitó a Netanyahu los asientos necesarios para gobernar (61 sobre 120). ¿Por qué desertó? Porque rechazó una tregua que Netanyahu había acordado con Hamas y Jihad Islámica, las fuerzas palestinas predominantes en la Franja de Gaza, en un momento de suma tensión. Desde entonces, cuatro elecciones consecutivas pasaron y en ninguna Netanyahu consiguió imponerse decisivamente. Así, abril y septiembre de 2019, y marzo de 2020 y de 2021 respectivamente demostraron que ningún rival se plantea seriamente reemplazarlo.

La escalada de violencia de 2021 nos interpela, evocando el Operativo Margen Protector de 2014: se produjeron tantas bajas de ambos lados que la experiencia resultó mutuamente traumática. Es más, no concluyó, sino que derivó en la Intifada de los Cuchillos (2014-2017) y en la Marcha del Retorno (2018-2019): pequeños episodios cotidianos y, cada tanto, grandes brotes. Cuentas de un collar atravesadas por un hilo de violencia. Antes de llegar a ello, reseñaré cómo una doble crisis de representación política en Israel y en Palestina desembocó en un proceso de protestas durante el año del COVID-19, dentro de Israel, que llevaron a la consolidación de nuevos movimientos sociales que tomaron las calles edificando rasgos eminentemente democráticos de esta forma de sociedad. Asimismo, consideraré este análisis sobre los rasgos democráticos del Estado de Israel a la luz de la irrupción de los enfrentamientos y la violencia étnica que acompañó el proceso electoral israelí de 2021, en plena suspensión de las elecciones palestinas, generando una

trama de negociaciones ministeriales que llevaron a la conformación de una coalición de gobierno liderada por Bennett y Lapid, desplazando finalmente a Netanyahu, tras un mandato de 12 años.

Crisis de representación en Israel

En una prolongada crisis de legitimidad política, se llevaron a cabo tres elecciones consecutivas (abril y septiembre de 2019 y marzo de 2020) en el Estado de Israel en menos de dos años. Las tres resultaron en un empate y afirmaron un hecho cierto: ningún partido político ni liderazgo parecía suceder de manera decisiva a Benjamín Netanyahu como primer ministro. Como efectivamente ocurrió más tarde, en marzo de 2021, una cuarta elección consecutiva se celebró. Podría decirse, por un lado, que en términos cuantitativos los resultados no variaron demasiado. Sin embargo, por otro lado, la conclusión de este nuevo proceso electoral sí produjo un escenario novedoso en el que, finalmente, tras doce años en el cargo, Netanyahu fue desplazado convirtiéndose, consiguientemente, en el líder de la oposición. Antes de reseñar el panorama electoral de 2021, repasemos los eventos inmediatamente anteriores, a los efectos de reponer algunas claves analíticas.

A partir de 2019, Benny Gantz emergió como un contendiente bastante creíble al trono vacío de la democracia (Lefort, 1986). Su coalición, Azul y Blanco, intentó oponerse a una alternativa moderada de centroderecha a la agenda del Likud. Por un lado, Netanyahu ha encontrado progresivamente apoyo en partidos religiosos como Shas y UTJ, y ha podido tomar a HaBayit HaYehudi (ahora Yamina) e Israel Beiteinu bajo su ala (no sin negociar con las ambiciones de Naftali Bennett y Avigdor Lieberman de convertirse eventualmente en Propios primeros ministros). Además, Netanyahu hizo redundantes las alianzas con partidos de centro y centro izquierda, desplazando a Yesh Atid, Hatnua y Avoda del centro de atención.

A pesar de que durante la administración de Netanyahu, el país experimentó un crecimiento económico exponencial (en particular, debido a la prosperidad del sector de alta tecnología), las generaciones más jóvenes experimentaron dificultades debido a los altos precios de la vivienda. Además, Netanyahu se enfrenta actualmente a múltiples casos (respectivamente, casos 1000, 2000, 3000 y 4000) de corrupción, engaño, fraude y abuso de confianza. Estos últimos factores no fueron asociados tanto por el público israelí como sucedió cuando la pandemia de COVID-19 llamó a la puerta, agravando la crisis política y provocando, a su vez, una crisis económica desenfrenada.

En este contexto, el gobierno implementó una serie de medidas preventivas contra la propagación del coronavirus a mediados de marzo de 2020, en plenas negociaciones para formar un gobierno de unidad entre Likud y Azul y Blanco. Eventualmente, el público israelí protestó expresando que sentían que las élites políticas estaban desconectadas y alejadas, por ejemplo, de los crecientes costos de vida y acceso a la vivienda. Sin embargo, la crítica más dura tenía que ver con cómo estas élites permanecían negligentes a cómo su propia indecisión y corrupción, dependiendo del caso, conduce a una crisis económica y social. Así, una asociación entre la necesidad de una democracia más transparente y la prosperidad fue rápidamente recogida por los manifestantes israelíes identificados con movimientos como “Ministro del Crimen”, “Bandera Negra” y “Bandana Rosa”.

En marzo de 2020, Netanyahu decretó el estado de emergencia y estableció una estricta cuarentena general. Luego cerró la Knesset y aprobó una ley especial que permitía a los servicios de inteligencia acceder a los datos de los teléfonos celulares para monitorear el movimiento de las personas infectadas con el virus y sus entornos. Estas regulaciones fueron criticadas por una

protesta masiva online en la que participaron unas 65.000 personas y fue vista por 597.000 a través de Facebook. El repudio se centró en la ilegitimidad del primer ministro para decretar tales medidas, que ponen a disposición de los servicios información sensible. Las voces críticas estaban preocupadas por quién auditaría el uso de estos datos.

El 20 de abril de 2020, luego de tres elecciones consecutivas, y de arduas y agotadoras negociaciones que estuvieron a punto de fracasar y arrojar al país a una cuarta instancia, Benjamín Netanyahu, líder del Likud y primer ministro israelí desde 2009, acordó un gobierno de unidad. con Benny Gantz, ex militar y jefe de Azul y Blanco, su principal rival: el espectro de su impunidad. La experiencia llevó a la erosión de Gantz como líder de Azul y Blanco, produciendo deserciones de sus filas. En definitiva, la ruptura de la coalición Likud-Azul y Blanco allanó el camino para las elecciones de marzo de 2021: la cuarta de estas series consecutivas inmediatas.

El 19 de abril de 2020, unas 2.000 personas se reunieron en la plaza Rabin en el centro de Tel Aviv. Respetando la distancia social de dos metros exigida por el Ministerio de Salud, se manifestaron con máscaras, barbijos y carteles contra el gobierno de unidad. La protesta migró de la virtualidad y los balcones a la plaza. Su emblema era la bandera negra, símbolo que representaba el rechazo a la corrupción adjudicada al primer ministro, a quien los manifestantes identificaron como el responsable del generalizado malestar político y social. Las multas por movilizarse y protestar que se fijaron entonces oscilaron entre 475 NIS y 5.000 NIS (133 a 1.400 dólares estadounidenses), pero los manifestantes se negaron a pagarlas.

Quién sí debió afrontar un alto costo por pactar el acuerdo de unidad fue Benny Gantz, cuyos aliados finalmente desertaron, destacándose entre ellos su principal socio político, Iari Lapid, líder del partido laico de centro Yesh Atid (Hay Futuro). Quienes abandonaron Azul y Blanco acusaron al bloque por su complicidad con Netanyahu en “destruir” la democracia. Entre ellos, la figura política más relevante a partir de las elecciones de marzo de 2021 fue, sin duda, como mencioné, Lapid, quien desplazó al deshonrado Gantz a un lado marginal y se alzó como el principal referente de la oposición capaz de disputar a Netanyahu la formación de un nuevo gobierno. Sin embargo, retomando los hechos de 2020, algunos desertores iniciales blanquiazules y ex simpatizantes se sumaron a la protesta en la plaza Rabin junto a Meretz y referentes entre los partidos árabes que también repudiaron el acuerdo con los manifestantes de bandera negra.

Por otro lado, a principios de abril, una carta abierta firmada por 220 generales retirados y equivalentes llamó la atención de Azul y Blanco sobre otro tema: impedir la anexión unilateral de asentamientos en Cisjordania, iniciativa que, a pesar de lo infructuosa que fue, Netanyahu intentó llevar a cabo durante el período reseñado. En respuesta a esto y a la frustración general por un juicio pospuesto contra el primer ministro, las severas medidas de cuarentena, la formación de un gobierno de unidad entre Netanyahu y su principal rival, y el cierre arbitrario de la Knesset, se produjeron nuevas y reiteradas movilizaciones masivas que se sostuvieron desde marzo y abril de 2020 hasta el primer trimestre de 2021.

Algunas de estas protestas ocurrieron en línea, pero la mayoría desafió las medidas de control sanitario y reclamaron las calles, autopistas, puentes y plazas como espacios públicos donde pronunciar y visibilizar sus demandas. Las miles de personas que entendieron como deber cívico repudiar la impunidad institucional que blindó a Netanyahu de los procesos judiciales por cargos de corrupción, fraude y cohecho, recurrieron a diferentes repertorios de acción social para hacerse escuchar y lo hicieron de manera espontánea y autogestionada. Esta recuperación del espacio público en un contexto de prohibición de circulación es sumamente significativa para pensar cómo la acción social colectiva es capaz de reaccionar, precisamente, en momentos donde las condiciones generales parecieran obstruir los procesos de gestación de nuevos públicos.

Es así que la disputa por definir los límites de las medidas consideradas efectivamente legítimas por parte de los grupos movilizados permite considerar la potencia de un aspecto eminentemente democrático de la forma de sociedad israelí. En otras palabras, siguiendo a Rancière (1996), que existen espacios de aparición del pueblo en donde se producen expresiones e identidades a partir de las cuales diferentes partes de la población se hacen visibles y presentes, actuando en nombre de la democracia para asistir en defensa de valores y arreglos institucionales considerados democráticos.

El aspecto más objetable para pensar los límites, en cambio, de este espacio de aparición, tiene que ver con su oclusión para incorporar a las minorías etno-nacionales y religiosas a estos reclamos en los que, cabe destacar, la transparencia institucional y el acceso al mercado de trabajo y a la vivienda constituyeron los ejes más notables. En todo caso, mi observación respecto a la escasa o prácticamente nula participación de población etno-nacionalmente diversa en dichas protestas es una señal de cómo un cierto espacio de aparición del pueblo es aparentemente subsumido a un grupo etno-nacional dominante en desmedro de los otros. Una clara muestra de esto fueron la intensificación generalizada de episodios de violencia callejera entre judíos y árabes israelíes que, evocando los rasgos de una guerra civil inscripta en un conflicto étnico, tuvieron lugar durante los meses de abril, mayo y junio de 2021.

Un factor que debería articularse a la lectura de estos acontecimientos es la emergencia de Ra'am, un partido árabe religioso que devino un actor clave en el proceso de negociación para la formación de una coalición de gobierno en 2021. Me ocuparé de ahondar sobre ello más adelante, pero a los fines de formalizar un comentario crítico sobre la tensión entre democracia y democracia étnica (Smootha, 2010, 2002, 1997) y etnocracia (Yiftachel, 2006, 2000, 1999, 1998; Yiftachel, & Legrand, 2013; Yiftachel, Ghanem, & Rouhana, 2000), diré lo siguiente. Si la dirigencia de Ra'am, personificada en Mansour Abbas, supo posicionar un partido minoritario como un interlocutor digno de adjudicarse el rol de "kingmaker", eso no obedeció a un carácter fortuito o azaroso.

En cambio, sostengo que Abbas alzó a Ra'am como un actor insoslayable del proceso gracias a una estrategia sumamente eficaz de hacer valer cada escaño que este partido podía aportar a proyectos inmersos en una crisis política profunda. Es que la incapacidad de reunir consensos necesarios tanto para el oficialismo como para la oposición, entre una multitud de fuerzas políticas laicas, religiosas, nacionalistas, socialistas, etc, radicaba eminentemente en su arraigo a una base de representación cuyo límite se encuentra en la dimensión etno-nacional y religiosa.

La relevancia de Ra'am en el proceso de negociación no es una señal de la clarividencia de Likud y sus aliados, o de Yesh Atid y los suyos, frente a la necesidad de discutir la apertura a un espectro representacional más amplio, pero precisamente, eso fue lo que terminó ocurriendo cuando el empate hegemónico entre derechas sionistas y ultra-ortodoxas judías se destrabó al considerar la incorporación de un partido árabe israelí. Que esto sucediera en tándem con las violentas protestas y enfrentamientos interreligiosos no es casual: ese clima favoreció el proceso de negociación alertando a Ra'am sobre su escaso margen para negociar. Es preciso recordar que Ra'am apenas superó el umbral electoral y que su dirigencia fue objeto de fuertes insultos y rechazo por parte de manifestantes árabes israelíes indignados con su probable participación en una coalición de gobierno: de celebrarse nuevas elecciones, los militantes de Ra'am estimaban que no pasarían el umbral. Por tanto, la opción para este partido fue concertar un acuerdo e introducir sus demandas en la agenda de la coalición que estuviera más abierta a aceptarlas: quienes galvanizaron esta oportunidad fueron Iair Lapid y Naftali Bennett, dos socios políticos improbables, que surgieron como líderes de una nueva coalición, dispuestos a alternarse en el cargo de primer ministro y a conciliar intereses sumamente diversos al distribuir cargos y competencias entre partidarios de la derecha religiosa, el centro, la centro-izquierda y un partido árabe religioso.

Podríamos decir, entonces, que las protestas que comentaré a continuación forman parte de un momento particular de la historia sociopolítica del Estado Israel, en que la problemática de la apertura de la sociedad a su propia y constante redefinición se ve manifiesta en las calles y en la Knesset, más que nunca. Es un desafío más que considerable para la nueva coalición conciliar expresiones más aparentemente centrífugas que convergentes, pero es en la inherente pluralidad humana y en el reconocimiento de su diversidad que la democracia puede prosperar como forma de sociedad: qué tanto se ampliaron los horizontes estético-políticos (Plot, 2018, 2008) de este ejercicio de construcción de una forma de vida colectiva, está por verse.

Las protestas de los judíos laicos israelíes de 2020 congregaron una diversidad interclásista así como de género y orientación sexual, pero no étnica y religiosa; los enfrentamientos callejeros de 2021 manifiestan la gravedad de esos marcos de visibilización de demandas e intereses que suponen un límite a la formulación de demandas interseccionales y que constituirían una profunda novedad que, particularmente, mejoraría la calidad de vida democrática de Israel. Mientras una nueva Knesset asume en 2021, la población israelí ha comprobado que una indignación generalizada contra afrentas a sus libertades cívicas puede devenir clave en el despliegue y manifestación de apoyo o impugnación de proyectos políticos.

De particular relevancia para el análisis es reparar en cómo las protestas sedimentaron una serie de prácticas y de sentidos que congregaron nociones en torno a qué es la democracia, asumiendo nuevas identidades representadas por colores, destacándose el negro y el rosa: uno que expresa luto y lamento por las consecuencias de la corrupción política, y otro que evoca ludicidad, invita a la creatividad, e irradia optimismo en la lucha desde la diversidad (una vez más, acotada conforme a un criterio etno-nacional, pero diversa al fin).

El uso de colores no es en absoluto novedoso en la conformación de una identidad política o en la expresión de una demanda a nivel popular. Los casos recientes de *gilets jaunes* en Francia, o el uso del color verde en el movimiento a favor de la despenalización del aborto en Argentina adquirieron notoriedad mundial. Estos son ejemplos del uso de colores distintivos que implican la identificación de un grupo con un conjunto de ideales, valores y demandas y resaltan su potencia para producir cadenas de solidaridades intersectoriales que atraviesan el tejido social también en otras dimensiones. Cada caso presentará sus especificidades: en Israel, el naranja fue utilizado en 2005 por los colonos cuando comenzaron las operaciones de desmantelamiento y evacuación de asentamientos en Gaza, quienes se resistieron a los desalojos llegando a enfrentarse a las Fuerzas de Defensa de Israel. A su vez, en ciudades como Tel Aviv, el color naranja fue abandonado por las clases medias y la población sionista que decidieron, en respuesta, no identificarse con la negativa de aquellos judíos que se negaban a salir de Gaza.

Negro y Rosa: las nuevas tonalidades de la democracia

Como mencionaba anteriormente, el cierre de la Knesset al comienzo de la pandemia, en marzo de 2020, fue una medida sumamente impopular que se tradujo, como reacción inmediata, en una manifestación en la que más de 100 vehículos se dirigieron hasta la sede del edificio del parlamento en Jerusalén. Debido a las restricciones, algunos manifestantes fueron detenidos antes de ingresar a la ciudad. La concentración en vehículos permitió cumplir con los requisitos del Ministerio de Salud y mantener el distanciamiento social, aunque al descender de ellos, los manifestantes provocaron detenciones. Uno de los motivos de la protesta fue que Yuli Edelstein, presidente del parlamento, bloqueó la actividad de los plenarios parlamentarios luego de que, en medio de las negociaciones entre el Likud y Azul y Blanco, los partidos rechazaran su propuesta de tener igual representación.

Un grupo de hermanos de entre 30 y 40 años, la familia Schwartzman, todos dedicados a la ingeniería, la ciencia, el sector de alta tecnología, convocaron a la organización de un convoy de vehículos y a manifestarse en repudio a estas medidas también desde balcones, terrazas, ventanas. En particular, la insignia que usaron fue una bandera negra que colgaron en diferentes lugares con una valencia simbólica, por ejemplo, la tumba de David Ben-Gurión, quien ostentó por primera vez el cargo de primer ministro israelí, el memorial de Yitzhak Rabin en Tel Aviv, y diferentes lugares donde se desarrollan las batallas. Conmemorado.

El movimiento Bandera Negra creció rápidamente en todo el país, convocando a manifestantes de todas las edades y segmentos de clase, quienes incorporaron el color negro en diferentes prendas en eventos y protestas, como parte de un repertorio de acción social. Este color simbolizaba su rechazo hacia el gobierno de unidad y las medidas preventivas contra la cuarentena, ya que fueron entendidas como un intento de atacar la resistencia popular, y ante las medidas del gobierno para permitirle a Netanyahu una exención fiscal extraordinaria para regularizar su situación, entre otras razones.

El movimiento de la bandera negra, a pesar de haber nacido como una iniciativa de la ciudadanía auto-convocada, también contó con el apoyo público de personalidades como Carmi Gillon, exdirectora del Shin Bet, y del ex primer ministro Ehud Barak. Hacia los meses de abril y principios de mayo de 2020, creció el malestar entre los votantes blanquiazules y también de otros partidos, que se sintieron desilusionados con el acuerdo del gobierno de unidad. En medio del anuncio de la alianza Netanyahu-Gantz, estallaron nuevas protestas, por ejemplo, una en la que los manifestantes vistieron camisetitas negras y banderas que se dirigían a la residencia del nuevo ministro de turismo, Asaf Zamir, quien fue percibido como un traidor, dentro de Azul y Blanco, por haber terminado firmando al gobierno de unidad. Zamir terminó renunciando el 2 de octubre de 2020, instando a otros ministros y legisladores de su partido a hacer lo mismo en una publicación en su cuenta de Facebook.

Este rasgo muestra, entre muchos otros, cuán frágil fue el acuerdo Netanyahu-Gantz. A lo largo de 2020, mientras Netanyahu volvió a imponer medidas estrictas que afectaron la movilización de la población debido a la pandemia, afectando directamente la organización de las protestas, incluso alegando que aumentaron la mortalidad y la propagación del virus, las filas de Azul y Blanco perciben la creciente y sostenida presión popular que solo crecía mes a mes. Sin embargo, la posición predominante dentro de Azul y Blanco no se correspondía con esto, ya que el propio Gantz sostenía que no se arrepintió de limitar las protestas. Además, los legisladores Azul y Blanco continuaron votando de acuerdo con la renovación de las medidas de cuarentena, incluso desdeñando el movimiento Bandera Negra.

En efecto, el parlamento israelí aprobó en una votación de 46 a favor y 38 en contra, a finales de septiembre de 2020, una nueva ley que tenía como objetivo regular los movimientos de población como una tecnología para regir el ejercicio del derecho a la protesta: es decir, para Doblarse la posibilidad de protestar por un encierro que imponía la restricción de desplazarse al exterior en un radio de 1 km de la vivienda. En consecuencia, el resultado fue un resurgimiento de protestas masivas y repetidas de miles de personas durante al menos 12 semanas consecutivas. La mayoría de estas protestas se dirigieron a la residencia de Netanyahu en la calle Balfour, próxima a la Plaza París, en Jerusalén, y miles más se movilizaron en al menos 18 ciudades cumpliendo con las medidas sanitarias.

Las autoridades respondieron reprendiendo y arrestando a los manifestantes, incluso reprimiendo y bloqueando calles, puentes y accesos a las ciudades de Tel Aviv y Jerusalén para boicotear las manifestaciones. No solo hubo episodios de violencia entre manifestantes y la policía, sino también marchas anti-protestas, de quienes se movilizaron apoyando al primer ministro, entre los

cuales se destacaron grupos menores asociados a los hooligans del Beitar Club: el grupo de derecha La Familia, que agredió a manifestantes de Bandera Negra con gas pimienta, explosivos e intentos de atropellarlos con sus vehículos.

La creciente violencia callejera contra los manifestantes puede pensarse como un indicador de la polarización entre sectores que se pronunciaron a favor o en contra del primer ministro y que entienden que una verdadera actitud democrática constituye salir espontáneamente a las calles para defenderlo o reclamar su renuncia y debido enjuiciamiento. La centroizquierda y la izquierda se han hecho eco del tema de la violencia y discutido el tema en el parlamento, pero volviendo al campo de los movimientos, hay uno más que me interesa destacar, que es el de las Bandanas Rosas.

A pesar de que el movimiento de las Bandanas Rosas tuvo su eco entre diferentes generaciones, ha surgido principalmente como una expresión de la comunidad LGBTQ+ y de la juventud. Una multiplicidad de oficios también caracterizan a sus primeros participantes y organizadores: artistas, diseñadores, estudiantes, autónomos, jóvenes profesionales, todos especialmente indignados por lo que visualizaron como la "falta de futuro" contemplada como consecuencia de una crisis económica menospreciada por el gobierno. En consecuencia, los manifestantes de Bandanas Rosas exigieron una mayor necesidad de asistencia social en momentos en que el Comité de Finanzas de la Knesset autorizó una condonación de impuestos retroactiva de 1 millón de NIS para Netanyahu por diferentes pagos de servicios y privilegios recibidos desde 2009, cuando asumió el cargo, hasta 2017.

Las Bandanas Rosas han reconocido además su implicación en protestas que desembocaron en enfrentamientos con las fuerzas policiales pero han optado por una conducta moderada, abogando por la resistencia pacífica con ejercicios de meditación previos a las marchas, contra las medidas represivas del gobierno. Las Bandanas Rosas han participado junto a Bandera Negra durante las semanas de protestas consecutivas que reunieron entre 20 y 30 mil personas frente a la residencia de Netanyahu en la calle Balfour. Una consigna común y compartida se resume en la palabra articulada en protestas anteriores a su emergencia como actores: "lech", en hebreo, "ir" (en este caso, irse), que podríamos traducir como una expectativa para que los funcionarios de turno "se fueran", es decir, renunciaron a sus cargos en virtud de la corrupción y falta de idoneidad adjudicada.

Un aspecto notable de las manifestaciones de Bandanas Rosas es su relación con Kok Schok, una clara referencia a la comunidad LGBT de Tel Aviv: si bien el movimiento carece de un liderazgo claro y, considerando también que progresivamente se sumaron activistas que no están relacionados con esta comunidad, los organizadores de los festivales LGBT Kok Schok elaboraron guías con instrucciones para los manifestantes (sugiriendo atuendos, utilería, atrezzo que permitiera hacer ruido) un gesto que se puede concebir claramente como un repertorio de acción social en línea con los movimientos no violentos.

Sin embargo, la Bandera del Orgullo y el uso de maquillaje rosa y pelucas fue rápidamente adoptada por grupos que comenzaron a protestar inspirados en las indicaciones de Kok Schok pero sin referenciarse en la comunidad LGBT ni tampoco contando con mayor coordinación alguna que la concurrencia a las calles para manifestarse. Es decir que los repertorios generados por el movimiento de Bandera Rosa lograron rebasar la frontera de una comunidad y de un conjunto de profesiones y demandas de las generaciones más jóvenes, siendo apropiados por otros sectores que compartieron el llamamiento a manifestarse para defender la democracia, reivindicando un mejor acceso al mercado de trabajo y de acceso a la vivienda.

Los referentes de las Bandanas Rosas repudiaron también las discusiones sobre la entonces posible anexión del 30% del valle del río Jordán mientras, por otro lado, han reconocido el potencial de normalización de las relaciones entre los Emiratos Árabes Unidos y Bahréin con Israel; a saber, los llamados Acuerdos de Abraham patrocinados por el ex presidente de los Estados Unidos, Donald Trump. Sin embargo, con respecto a este último tema, los portavoces de las Bandanas Rosas desdeñaron que los acuerdos se hicieran como un movimiento unilateral de Netanyahu, quien lo aprovecharía en lugar de presentarlo como un logro colectivo.

Esta última dimensión, la de la composición de un colectivo nacional cohesionado, es un punto significativo para el movimiento Bandanas Rosas, su asociación del futuro no se limita a la economía, sino a la democracia y al tipo de país en el que quieren vivir: Se destaca en sus carteles, declaraciones, publicaciones en redes sociales y entrevistas, el rechazo al sentimiento de ser tildados de traidores a la patria por manifestarse, es decir, por ejercer su derecho a la protesta y la libertad de expresión y el maltrato por el surf en las calles. y amenazas. Asimismo, las Bandanas Rosas han incentivado la participación del movimiento LGBT en las protestas, reconociendo en ellas el poder de introducir y potenciar el tema del acceso y goce de los derechos civiles y libertades elementales.

Dos crisis imbricadas, un jardín lleno de bultos

Antes de cerrar este artículo, ampliaré y actualizaré el panorama que he caracterizado como de crisis de representación. Para ello, comenzaré refiriéndome a la crisis de representación en Palestina, recordando que desde 2006 no se celebran elecciones y que en 2007, Fatah y Hamas, las principales fuerzas, se enredaron en una lucha fratricida en virtud de las diferencias suscitadas en torno al reconocimiento o no de los resultados de dichas elecciones, que dieron a Hamas como vencedor. Recíprocamente aislados, concluido el enfrentamiento entre facciones, Fatah retuvo de facto y con el visto bueno de la comunidad internacional, la Autoridad Nacional Palestina (ANP), con sede en Cisjordania, mientras que Hamas hizo lo propio en la Franja de Gaza.

Desde entonces, ambos partidos se han boicoteado entre sí. Los aislados esfuerzos por reconciliarse y armar un gobierno de unidad fueron infructuosos: la sospecha entre ambos siempre superó la voluntad de olvidar rencores. Sus programas e ideas para una Palestina soberana difieren y, así, los medios que plantean para lograrlo: mientras Fatah reivindica un proceso de negociaciones con Israel considerando la mediación de potencias como Estados Unidos y recurre a la vía diplomática para insertar a Palestina en la comunidad internacional obteniendo el reconocimiento de otros Estados soberanos en distintos organismos internacionales, Hamas, una organización referenciada en el islam político, reclama la resistencia armada contra la ocupación.

En mayo y junio de 2021 se preveía la celebración de elecciones parlamentarias y presidenciales palestinas, pero Mahmud Abbas, presidente de la ANP, las postergó alegando que no acordó con Netanyahu las condiciones para que los palestinos de Jerusalén Este pudieran sufragar. Asimismo, la autoridad de Abbas está muy menoscabada: tras años al gobierno, sus reconocimientos en el plano internacional languidecen frente al empeoramiento de la calidad de vida de sus representados. Abbas temía que Hamas lo desplace de la presidencia y, dentro de Hamas, los radicales forzaron a los moderados a tomar las armas.

Tanto Hamas como las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) se evitan entre sí a la vez que se convocan. Ha habido enfrentamientos en 2008-2009, 2012 y 2014, mas no una guerra total. Ambos configuraron una trama en espiral para ese collar de violencia, adaptándose el uno al otro. Hamas recurre a la *muqawama*, la resistencia armada de la guerrilla, e Israel se vale del Domo de

Hierro, un sistema de defensa para interceptar cohetes, y responde realizando ataques selectivos a blancos estratégicos y eventuales incursiones para neutralizar la potencia bélica de Hamas. Las FDI denominan esta técnica “podar el pasto” (Inbar & Shamir, 2014). No procuran vencer en este ajedrez, sino disminuir la tensión hasta que la hierba vuelva a crecer. Tablas sangrientas.

Desde 2014, las FDI entendieron que Hamas no procuraba un nuevo enfrentamiento. Así lo demostró parte de su dirigencia que parecía más enfocada en construir cierta institucionalidad proto-estatal en la Franja de Gaza, y también se manifestó en su moderada reacción durante la Marcha del Retorno de 2018-2019, el incidente posterior a Margen Protector más grave hasta entonces. El desgobierno de un Netanyahu desdibujado implicó apoyarse excesivamente en el Domo de Hierro, que pese a su solvencia, mostró su falibilidad, pues no es más que un dispositivo de seguridad, es decir, un componente de una forma de vinculación entre palestinos e israelíes basada en la precariedad de la vida.

Las crisis de representación de ambos bandos nos revelan que no son dos los bandos. Cada campo es heterogéneo y exhibe fracturas internas. Ningún gobierno agota las condiciones de representación de cada alma presuntamente representada. Los israelíes deben pedir cuentas y resolver este estallido de cuasi guerra étnica civil en el encuentro entre diversidades: en las calles, en las urnas y en la Knesset, su parlamento. Los palestinos, deben exigirles a sus partidos y a la Autoridad Nacional Palestina una alternativa viable de prosperidad y que protejan sus vidas en formas que no supongan la indefinida proyección de la vulnerabilidad a la que están sujetas.

Respecto a los acontecimientos de mayo de 2021, una bola de nieve de incidentes precipitó una escalada de violencia inusitada desde el Operativo Margen Protector de 2014: el desalojo de familias palestinas en Sheij Jarra, la violencia en la Puerta de Damasco y en la Explanada de las Mezquitas/Monte del Templo durante Ramadán y la marcha por el Día de Jerusalén. Puede decirse que Hamas tomó la ocasión para mostrarse como el paladín de Palestina y del Mundo Árabe e Islámico: el defensor de la causa frente al entreguismo manifiesto en los Acuerdos de Abraham y la debilidad de Fatah. Segundo, que Netanyahu ha de capitalizar el momento: un improbable contendiente al cargo de primer ministro, Iair Lapid, parecía capaz de formar una coalición.

El puñal y la orquesta

A lo largo de sus doce años de gobierno, Netanyahu conformó una serie de coaliciones que adoptaron una agenda paulatinamente más arraigada en la derecha. Si en algún momento el primer ministro concilió intereses y expectativas del centro y la centro-izquierda de Kadima (brevemente, durante 2012) y Avodá (hasta 2011), poco a poco fue pronunciándose un consolidado giro a la derecha. Este proceso encumbró a Netanyahu como una suerte de director de orquesta de coaliciones donde los partidos ortodoxos de Shas y Judaísmo Unido de la Torá, el nacionalismo religioso de la Casa Judía (el partido de Naftali Bennett, HaBayit HaYehudí, devenido luego en Yamina) y el nacionalismo liberal de Israel es Nuestro Hogar (el partido de Avigdor Lieberman, Israel Beiteinu) terminaron ejecutando las melodías de políticas cada vez más conservadoras.

Al mismo tiempo, la izquierda y el centro demostraron ser incapaces de articular programas alternativos y de generar liderazgos que interpelaran a la población en otro sentido. Los liderazgos de Tzipi Livni y de Isaac Herzog fueron resquebrándose conforme Unión Sionista no logró posicionar al laborismo y a Hatnuá como fuerzas creíbles y convocantes. Una cierta desazón generalizada con el progresismo favoreció la derechización de la Knesset y es una condición de posibilidad clave para entender cómo Benny Gantz pudo surgir como un rival competente contra Netanyahu:

una opción de centro-derecha moderada libre de cargos de corrupción parecía ser, en 2019, la única expresión con potencial de interpelar a aliados del primer ministro y a disidentes.

En 2021, sin embargo, un desgastado Netanyahu se encontró con un improbable contendiente al cargo de primer ministro: Iair Lapid, quien fue su ministro de finanzas entre 2013 y 2014. Lapid nunca fue un dirigente que traccionara demasiados escaños, pero su firmeza en repudiar el gobierno de unidad y sus políticas durante la pandemia le valieron cierto reconocimiento en un contexto donde el progresismo había dejado un vacío. Eso se evidencia en los ínfimos escaños obtenidos en las últimas elecciones por Unión Sionistas y Meretz.

Sin embargo, debido a la erosión del liderazgo de Benny Gantz y dada la lectura de Bennett de la coyuntura, la oportunidad se presentó y Lapid emergió como un probable candidato a director de orquesta: debía ser una ecléctica y desgastada, que convocara al laborismo, a Meretz, a los partidos árabes, pero también a ciertos partidos de derecha. El desafío era, una vez más, si el multipartidismo israelí consagraría tras un año de protestas y crisis, responder a las demandas de una población movilizada y en vísperas a un nuevo enfrentamiento bélico entre israelíes y palestinos. Pronto, parte de la derecha evacuó las dudas al respecto desenvainando el puñal contra el longevo director de orquesta de la derecha, vislumbrándose la disposición de Naftali Bennett a aliarse con Iair Lapid para materializar aquel objetivo que siempre fue de largo plazo: asumir como primer ministro.

Si consideramos la cantidad de escaños obtenidos en el proceso electoral de 2021, es claro que Likud se consagró nuevamente como la fuerza política predominante. En todo caso, una vez más, el desafío que enfrentaba el oficialismo era su incapacidad de reunir los 61 asientos necesarios para formar coalición junto a sus aliados dentro de la derecha nacionalista, la derecha religiosa y la ultra-ortodoxa de extrema derecha. Por otro lado, en marzo de 2021, Azul y Blanco, comprobó una notoria merma en los escaños obtenidos en relación a 2019 y 2020. Es que el desprestigio de haber participado de un gobierno de unidad con Likud se tradujo en el malestar considerable ya reseñado dentro del bloque que derivó en las comentadas deserciones: tanto de los partidarios de Benny Gantz, como directamente de Iair Lapid y su partido, Yesh Atid (Hay Futuro).

Entre las grandes novedades de este panorama cabe destacar que el Sionismo Religioso y Ra'am (Lista Árabe Unida), dos partidos religiosos, lograron pese a toda adversidad, superar el umbral electoral. Respecto a Sionismo Religioso, se trata de un bloque de partidarios judíos ultra-ortodoxos entre quienes se destacan los kahanistas, quienes se referencian dentro de una extrema derecha que reivindica valores eminentemente racistas, xenofóbicos y homofóbicos. Sionismo Religioso consiguió, en 2021, escaños parlamentarios luego de aquellas tres elecciones previas en las que no lo habían logrado.

Mientras Sionismo Religioso se presentó como un actor que apoyaba a Likud, Ra'am, por su lado, un partido árabe religioso (en este caso, musulmán), se tradujo en la introducción de una variable clave para la formación de una coalición. Esto obedeció a varios factores concatenados pero que pueden resumirse en la disposición y pragmatismo inédito de un partido como Ra'am. En primer lugar, debido a que en lugar de presentarse a elecciones junto al bloque interpartidario tradicional de los cuatro partidos árabes, Ra'am lo hizo en forma independiente, factor que iba en detrimento a sus posibilidades de superar el umbral electoral.

Segundo, el máximo referente, Mansour Abbas, se mostró abierto a pactar la incorporación de su partido a una coalición tanto oficialista, capitaneada por el Likud de Netanyahu, como de una que permitiera a la oposición desplazar al longevo primer ministro. En efecto, Abbas inició un proceso de negociaciones tácticas: quien reconociera sus demandas obtendría el apoyo de su partido: un partido árabe religioso. Este factor constituyó una novedad en sí mismo, pues Netanyahu se apoyaba en fuerzas aparentemente irreconciliables si consideramos el discurso y la agenda de

partidos como Sionismo Religioso y el de Ra'am, pero también, si tenemos en cuenta que esta fuerza aportaba mayor a un proyecto de coalición alternativa, de por sí, forzosamente, plural pero en otros sentidos.

Ra'am planteó una serie de demandas. Entre las más significativas, derogar la ley Kaminitz de 2017 que endureció las políticas de regulación de códigos de planeamiento, zonificación, regularización catastral, vinculadas precisamente a la situación de los árabes israelíes cuyos barrios y aldeas suelen ser dejados sin planeamiento oficial (como ocurre para los barrios palestinos de Jerusalén Este) o bien regulados por criterios que no permiten satisfacer sus necesidades habitacionales exponiendo a esta población a edificar o ampliar sus viviendas en condiciones de irregularidad.

Esto se traduce en una subsiguiente vulnerabilidad para la población árabe israelí y beduina, quienes enfrentan órdenes de desalojo y de demolición de viviendas. Un logro significativo del proceso de negociación entre Iair Lapid, Naftali Bennet y Mansour Abbas fue acordar que dicha ley no sería abolida en lo inmediato pero se suspenderá al menos hasta 2024, congelándose todas las demoliciones de viviendas en el Negev por tres meses mientras se formula una política clara sobre este punto. Se acordó, asimismo, un presupuesto de 52 mil millones de NIS (16 mil millones de dólares) para fondos destinados a la comunidad árabe, apuntando a mejorar sus condiciones de acceso a la educación, por ejemplo. Este constituye el mayor plan de inversiones desde el anuncio de un plan quinquenal de Netanyahu de 15 mil millones de NIS.

Netanyahu, precisamente, se apoyó en Naftali Bennett, uno de sus socios políticos tradicionales, y en la apertura a negociar con Mansour Abbas pero, finalmente, uno y otro lo desertaron y apostaron por consolidar un proyecto alternativo de construcción de consensos, por fuera de la concertación entre expresiones de derecha y extrema derecha. Es así que Naftali Bennett, quien apostó a suceder a Netanyahu como referente político de la derecha y proyectaba ejercer el cargo de primer ministro, lo hizo por fuera de su ala.

Como Brutus con César, Bennett invocó la sangre del famoso puñal que Borges (2011) brutalmente caracterizó: el puñal, "Quiere matar, quiere derramar brusca sangre". No puede decirse exactamente lo mismo de Lapid para con Gantz, pues Azul y Blanco fue incorporado por el líder de centro al ensamble en formación. Sin embargo, Avigdor Lieberman y Naftali Bennett, aliados de Netanyahu, uno y otro ambicionaban el acceso al trono vacío de la democracia y no dudaron en desenvainar. Gestos tan destituyentes como las protestas de 2020-2021: la pregunta es, en qué sentido podrán devenir en instancias instituyentes de lo político, como consagraron en todo caso, las manifestaciones de la Bandera Negra y de las Bandanas Rosas, dadas las posibilidades que inaugura la formación de una coalición original.

Mientras esto ocurría, otra sucesión tenía lugar: Isaac Herzog, aquel líder del debilitado laborismo, fue ungido presidente, reemplazando a Reuven Rivlin. Es curioso que tanto Herzog como Rivlin proceden de linajes políticos considerables: el flamante presidente es hijo de quien fue el sexto presidente israelí, Jaim Herzog, y nieto del primer gran rabino del Estado. Herzog disputó el cargo con Miriam Peretz, candidata que, de haber ganado, se habría convertido en la segunda mujer en presidir el Estado de Israel. Peretz es una educadora nacida en Marruecos y obtuvo el prestigioso Premio Israel en reconocimiento a su trayectoria: para ser más preciso, Peretz habría sido la primera presidenta electa pues, técnicamente, Dalia Itzik ejerció el cargo en forma interina en 2007. De haber ganado la elección, el impacto de su asunción, pese a lo simbólico del cargo, habría sido notable, pero fue también sumamente impactante que un líder de oposición asumiera como presidente favoreciendo la formación de una coalición que prometía suceder a la capitaneada por Likud.

En suma, la coalición liderada por la alianza Lapid-Bennett llegó a buen puerto y se conformó un nuevo gobierno que asumió en junio de 2021. Un nuevo ensamble, ecléctico, que sustituye a la orquesta de derechas de Netanyahu. Entre sus rasgos inéditos, se destaca que es la primera vez desde 2015 que los partidos ultraortodoxos no formaran parte de la coalición pese a que Israel tiene, también por vez primera, un primer ministro religioso que usa kipá cotidianamente. Desde ya que un rasgo novedoso ya hondamente anticipado es la incorporación a la coalición de un partido árabe islamista, y de la inclusión del nacionalismo liberal de Avigdor Lieberman junto al progresismo del laborismo y a la veta más efusivamente ecologista y en favor de la diversidad LGBTQ+ de Meretz.

La flamante coalición presenta una serie de contradicciones intestinas. Por un lado, la política de Yamina y de Israel es Nuestro Hogar, partidos de Bennett y Lieberman, favorece la continuidad y expansión de los asentamientos que parte del progresismo y los partidos árabes enfáticamente rechazan. Asimismo, el reparto de cargos ministeriales con su complicada trama de alternancias entre dirigentes de derecha, centro y centro-izquierda puede imprimir direcciones dispares en el diseño y ejecución de políticas públicas.

Es patente que el gobierno adopta, al menos en principio, una posición más moderada y atenta respecto a las necesidades y demandas de la población árabe israelí, pero esto no necesariamente implica un proceso particularmente concebido para generar condiciones más equitativas sino que pareciera sugerirse más bien una especie de dulcificación momentánea en el trato. Por supuesto que, una lectura optimista, puede considerar que eso constituya un pie para una etapa posterior de profundización de equiparación de libertades y derechos, pero por ahora, eso es esperar demasiado. Afirmo esto dado que la retórica de Bennett, quien ejerce el cargo de primer ministro en un primer tramo de dos años de alternancia con Lapid, es tanto o más belicista que la de Netanyahu y lo ha demostrado en la firmeza con que respondió en el último intercambio de fuego con Hamas en el mes de junio de 2021.

La coalición pareciera, por otro lado, favorecer un statu quo religioso en que la ortodoxia mantiene la hegemonía sobre el rabinato pero, por otro lado, se produce una especie de descentralización de la autoridad rabínica a una escala municipal que permitiría a las corrientes conservadora y reformista adquirir potestad en los procesos de *guiur* (la mal llamada conversión) y sobre los matrimonios. Asimismo, la coalición excluye a la ultraortodoxia en su conformación pero cuenta con un legislador religioso: el rabino reformista Gilad Kariv, de Avodá. Por último, la coalición presenta un récord de participación femenina, pues el 30,6% de los 61 legisladores son mujeres, es decir, diecinueve de las cuales nueve recibieron cargos ministeriales.

En el plano internacional, es esperable que Bennett continúe la línea forjada por Netanyahu respecto a distintas problemáticas, comenzando por su rechazo al reencauzamiento del acuerdo nuclear entre el gobierno del presidente norteamericano Joe Biden y el gobierno iraní. Igualmente estimable es que Bennett mantenga una estrategia cautelosa recurriendo a operativos selectivos en el frente sirio. En continuidad con el despliegue de tácticas de seguridad establecidas y afianzadas a lo largo de los doce años de gobierno de Netanyahu, la estrategia respecto a la Franja de Gaza no pareciera, tampoco, variar demasiado, si consideramos la postura tradicional de Bennett (y para el caso, de Lieberman, como aliado dentro de la coalición) respecto a Hamas.

Esto lleva a la inquietud por seguir observando qué líneas habilitará el gobierno de Bennett-Lapid en torno al potencial de ampliar los fundamentos de la democracia israelí. Algunos de los interrogantes que surgen pueden resumirse en la pregunta por la continuidad del proceso de derchización de la agenda política israelí, temporaria y presuntamente interrumpida por la formación de una coalición heterogénea pero liderada inicialmente por un primer ministro conservador del nacionalismo religioso. Enhebrado a esto mismo, cabe observar en qué medida intentarán los

partidos de centro, centro-izquierda, izquierda y partidos árabes, establecer un proyecto político o bien, múltiples expresiones, pero que devengan opciones competitivas a raíz de su experiencia de retorno al ejercicio del poder político en tanto oficialismo. En suma, ¿podrán galvanizar estos sectores, la oportunidad que se abre? En otras palabras, el análisis que compete a este período que comienza, cerrando el recorte de este Anuario, nos compele a aprehender a partir de los acontecimientos venideros si acaso se consagrarán esas aperturas a un espacio de apariencia del pueblo en que expresiones a favor de la democracia y de la transparencia institucional puedan converger con proyectos que rescaten las demandas e intereses de las minorías etno-nacionales y religiosas de Israel.

Comentario final

Cada bando es, en realidad, muchos bandos. Esto parece opaco. La singularidad de cada rostro se difumina. Se pierde de vista que detrás de cada slogan, de cada programa, de cada partido, de cada movimiento, hay una vida, un nombre y un rostro. Gratuitamente, las redes sociales y los medios se permiten olvidar esto y exhibir el fervor de la judeofobia y la islamofobia. Torpes generalizaciones, lecturas incompletas y, otras, malintencionadas, distribuyen responsabilidades. Algunas se camuflan de redención y otras auto-celebran su valentía. En suma, constituyen obstáculos epistemológicos: trabas al pensamiento. Pero esas trabas no se revelan como tales. Esto no puede ser así, cuando esas voces se revisten a sí mismas de efectos de distorsión, de máscaras de conformidad. Héroes remotos e inconstantes de alguna de ambas causas proyectan en el rostro de los otros los rasgos de un deseo de conformidad. El otro debe parecerse a los términos que me conminan. Sólo revistiendo al otro de un rostro, puedo orientarme para actuar. Y en ese mundo de falacias sociocéntricas, lo que se pierde es el rostro de la humanidad y la profundidad del duelo y la verdad de cada pueblo. Recordemos que la crítica no corroe lealtades, sino que puede fortalecerlas. La presunción de lealtades es acusatoria y maliciosa. La generalización es un ejercicio ocioso.

Dice el Talmud que quien salva una vida, salva el mundo entero. En el islam, la noción de unicidad de Dios vincula a la humanidad en forma universal: hay una inclinación hacia dicha unicidad que liga a las personas a través de la compasión. Sea como sea, éste no es un debate sobre teología, ni mucho menos un conflicto religioso: es una cuestión política y la interpelación ética hacia las vidas y muertes, porten éstas la nacionalidad o el nombre que sea, demandan el reconocimiento de su humanidad y no hay diversidad capaz de socavar ese rasgo común. Este examen sobre la combinación de elementos democráticos y no democráticos dentro de una forma de sociedad contemporánea, identificada como democrática, es un escalón más en una trayectoria de investigación en curso que aspira a aprehender de los acontecimientos su potencial descriptivo respecto a los diferentes esbozos y direcciones que trazan en los procesos actuales de institución de lo político.

En esta trayectoria, podemos comprometernos con la no violencia activa y trabajar en desactivar discursos de odio para apostar a lentes epistemológicos que permitan comprender los marcos de configuración de la humanidad del otro en la mirada de cada actor. No se trata, al decir de Judith Butler (2004), de exonerar las violencias, sino de comprender sus marcos históricos de surgimiento y de vislumbrar los respectivos modos con que cada grupo instauro un marco de sentido para habitar sus duelos y para responder a ellos. Podemos optar por comprender sin exonerar, por indagar críticamente sin condonar, apostando a la imaginación sociológica y a su virtud como deporte de combate contra nociones binarias, absolutas y malintencionadas, o distribuir

condenas y seguir cortando el pasto en un jardín donde los bultos se acumulan y las cicatrices plagan el cielo.

Bibliografía

- Borges, J. L. (2011) *Poesía completa*. Barcelona: Lumen.
- Butler, Judith (2004) *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. Londres y NYC: Verso Books.
- Butler, Judith (2012) *Parting Ways: Jewishness and the Critique of Zionism*. NYC: Columbia University Press.
- Buzzati, D. (1996) *Los siete mensajeros y otros relatos*. Madrid: Alianza editorial.
- Inbar, E. & Shamir, E. (2014) 'Mowing the Grass': Israel's Strategy for Protracted Intractable Conflict. *Journal of Strategic Studies*. Vol. 37, 2014 - Issue 1.
- Lefort, C. (1986) *The Political Forms of Modern Society: Bureaucracy, Democracy, Totalitarianism*. Cambridge, MA: The MIT Press, D. Thompson (Ed.).
- Plot, M. (2018) Lo político y la política en Schmitt y Lefort. *Unidad Sociológica*, Número 12, Año 3 | Febrero 2018-Mayo 2018 6:13.
- Plot, M. (2008) *La carne de lo social*. BsAs: Prometeo.
- Rancière, J. (1996) *El desacuerdo*. Política y filosofía. Bs.As.: Nueva Visión. Trad.: Horacio Pons.
- Smoha, S. (1997) Ethnic democracy: Israel as an archetype. *Israel Studies*, 2, 2, 198-241.
- Smooha, S. (2002) The model of ethnic democracy: Israel as a Jewish and democratic state. *Nations and Nationalism*, 8 (4), 475-503.
- Smooha, S. (2010) Arab Jewish Relations in Israel: alienation and rapprochement, en *Peaceworks* No. 67.
- Yiftachel, O. (1998) "Nation-Building and the Social Division of Space: Ashkenazi Domination in the Israeli 'Ethnocracy'", en *Nationalism and Ethnic Politics* 4 (3): 33-58.
- Yiftachel, O. (1999) "Ethnocracy: The Politics of Judaizing Israel/Palestine", en *Constellations* 6(3): 364-90.
- Yiftachel, O. (2000) "Social Control, Urban Planning and Ethno-Class Relations: Mizrahi Jews in Israel's 'Development Towns'", en *International Journal of Urban and Regional Research* 24(2): 418-38.
- Yiftachel, O., Ghanem, A., & Rouhana, N., (2000). "Can there be an Ethnic Democracy? Jews, Arabs and the Israeli Regime", en *Jama'a* 6: 58-78 (versión original en hebreo).
- Yiftachel, O., (2006) *Ethnocracy—Land and Identity Politics in Israel/Palestine*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Yiftachel, O & Legrand, O. 2013 "Chapter Eleven: Sovereignty, Planning and Gray Space: Illegal Construction in Sarajevo and Jerusalem", in "Cities to be tamed? Spatial investigations across the Urban South", editado por Chiodelli, F., De Carli, Falletti, Scavuzzo. Cambridge Scholars Publishing, 2013.